

“El Hombre que se comió un autobús”
o sea: Alfredo Mario Ferreiro

Hay que colocar a Ferreiro entre esos hombres providenciales y atormentados que, fatalmente, han de descubrir algo, aunque no lo quieran. Y muy siglo XX y muy Montevideo el diablo dormido en el rescoldo de vaya Vd. a saber que víscera, se despertó de repente totalmente fresco, cuando sobre el asfalto de nuestra ex-Nueva Troya, y ex-Tacita del Plata, etc., resbaló la masa negra y huidora del primer autobús. Yo me lo veo a ese largo signo de interrogación que es Ferreiro, inmóvil bajo el peso de la revelación instantánea, pero vibrantes todos sus nervios como la carrocería a la palpación irregular del motor, en el momento en que el fantasma se deslizaba frente a los neumáticos de sus lentes asombrados. Allá exclamó él también para sí: “¡Eureka!” y “anch’io sono pittore”, y de esas exclamaciones inconscientes, nació este libro que ha comenzado a marchar con la potencia de los 100 H. P. de sus páginas, atropellando a todos los peatones zonzos que no lo han sabido esquivar, aplastando perros y gallinas –alta misión profiláctica– y escandalizando a algunas tutankamónicas matronas que no se han animado a bajar de la vereda por temor a correr la misma suerte. No voy, claro está, a enumerar las excelencias de “El Hombre que se comió un autobús”, pero sí, quiero dejar constancia de que con él aparece, por primera vez, una nota de legítimo humorismo en nuestra lírica, tan sobrecargada de seriedad, trascendencia y pedantería.

Hasta nuestros mayores valores en poesía moderna no han sabido desprenderse, aunque fuera de vez en cuando, de cierta solemnidad romántico-parnasiana que ahueca considerablemente su voz, enrigidece sus rostros en teatrales gestos y obliga a cierta mímica de academia. He aquí que Ferreiro se ha sacado el saco y el cuello y en mangas de camisa, despeinado y sonriente, ha tomado la dirección de su máquina y, fatigando la bocina, se ha largado por el campo de la poesía a buscar un estremecimiento nuevo, un paisaje no trillado, pintoresco, divertido, dinámico, absurdo. Al fin de la jornada lo hallamos cubierto de polvo y de sudor, manchadas sus manos de aceite, oliendo a bencina, arrugados los pantalones, pero feliz y, sobre todo, rico en emociones, imágenes, en sorpresas. La ciudad, ese monstruoso laberinto de casas y de calles, le ha regalado motivos nuevos como flores recién abiertas. No ha tenido más que dejarse deslizar por ella para cazar impresiones, que ahí están para el que sepa verlas y poseerlas. Bancos, rascacielos, “varitas”, trolleys, radiotelefonía, negocios, etc.; visiones del puerto, con sus guinches, sus muelles, sus marineros, sus paquebotes y sus lanchitas; trenes en marcha, frenos, estaciones, garages; más allá cuchillas y campos, liebres, anohecerces y parrales; y sobre todo, camiones, limousines, fords, voitures y autobuses: ¡ruido, ruido, ruido! De todo esto hay en cien páginas desordenadas y ensordecedoras que están pidiendo a gritos un agente de tráfico que no debe aparecer nunca. Con la mano firme en el volante, Ferreiro se desliza fácilmente por ese concierto gratis de jazz-band en que los peatones se quiebran en gesticulaciones de Charlestown mientras desde allá arriba el amplificador ronca como la garganta de un gigante dormido. Su pupila penetrante descubre enseguida el aspecto

regocijado, encuentra la palabra inesperada y exacta, hace brotar la imagen recién hecha que desorienta y ríe:

Los timbres del teléfono
se rascan con la campanilla

baila el agente de tránsito su danza
de pito y guantes blancos.

los postes telefónicos,
tomados por lo alto de las manos,
juegan al Martín Pescador con las casas.

¡Qué idea de reposo daría un rascacielos
acostado en el suelo!

Los barracones, echados en el suelo,
se guardan las mercaderías,
como si fueran a empollarlas.

Sale la lanchita mar afuera.
Presurosa, poniéndose un delantal
de espumas.

Quiero cantarle al freno,
la garra del presente,
verdugo de la rueda,

Gentes que miran la hora en los números de los tranvías.

En los diques, los barcos
juegan gatas paridas.

Trolleys:
Brazos descarnados
que cuelgan el tranvía
de un hilo.

Potros
Pedacitos del escudo nacional
Bellaqueando como una bandera.

Sobre las plazuelas
Juega la ciudad a las muñecas.

Los barcos dicen: “no”.

Y un guinche descarnado, para aumentar las fuerzas, saca
“Extracto de Malta” de un reclame violeta.

El sudor de la tierra
lo sacamos por la canilla del agua caliente.

Como se ve, nada de lugares comunes, de metáforas resobadas, de giros tontos, ni repeticiones, ni material de segunda mano. Ante todo Ferreiro es él –y le ha costado un tiempo encontrarse- y después, Ferreiro es un hombre de 1927. Estas constataciones podrían parecer innecesarias, pero son imprescindibles, así como comprobamos que el 99.999 por 100.000 de los hombres o viven retrasados en años, lustros o siglos, o –lo que es más común todavía– no saben ni lo que son y ni si son siquiera. No hay más que hablar de cuestiones artísticas con nuestros semejantes y, desde los que ocupan los más altos puestos, u ostentan los títulos más barullentos, hasta el almacenero de la esquina, nos convencerán desde las primeras palabras que están absolutamente vírgenes en la materia. Uno de esos tantos tomará el libro de Ferreiro y desde el título –¡que nombre tan poco poético! – hasta el final irá protestando en nombre del sentido común, de la lógica, de la verdad y hasta, ¿por qué no? ¡¡del Arte!! Felicitemos a Ferreiro de tal éxito que lo consagra definitivamente. Y prosiga como en “El Hombre que se comió un autobús” con sus armoniosas piruetas líricas, siendo alegría y recreo de espíritus selectos y escándalo de cerebros grasos o anquilosados, ahítos de sentido común o pálidos, inconscientes reflejos de cosas idas definitivamente en el tiempo.

Y que no se olvide, además, a esos dibujantes magníficos que han ilustrado el libro tan en consonancia con su contenido: Renée Magariños, Alba Padilla, Melchor Méndez Magariños y Gervasio Furest; y a Mondino, el original compositor que le ha prestado alguno de sus más frescos ritmos. Con semejante contribución –hermosos ejemplo de confraternidad artística y alto blasón de nuestra “Cruz del Sur” – este volumen tiene por fuerza que marchar porque va cargado de la más rara y enérgica bencina: *talento*.

ALBERTO LASPLACES